

SOBRE LA MUERTE

Juan Viñas

Charla dada en la Rama Hesperia de Madrid, el 26 de marzo de 1991

El orador que habló anoche nos recordó con prudencia que el lenguaje de libros como el *Bar-do Todol* o el *Libro Tibetano de los Muertos* contiene, entre otras cosas, mucho material simbólico y que tomar cada una de sus enseñanzas al pie de la letra puede hacer que corramos el peligro de una mala interpretación y que, por otro lado, no tenemos obligación de creer lo que diga cualquier texto, por famoso que sea. Eso se recordó porque la tendencia humana es la de creer, porque de ese modo no tengo que investigar si deposito mi fe en una persona, en una escuela, en un tipo de enseñanza, porque no investigo, no tengo mis propias creencias, no llego a mis propios juicios de valor, no ejerzo mi criterio y soy un "creyente" en lugar de ser un investigador. Es mucho más cómodo ser un creyente que un investigador.

Todo eso es lo que nos fue recordado anoche. El tema de la vida después de la muerte es un tema candente en las religiones, en los sistemas filosóficos y en la cultura humana en general. Aunque, como también se nos recordó, todos tenemos miedo de afrontar el hecho

de nuestra muerte y todos miramos hacia otro lado y vivimos hasta que la muerte nos sorprende, como si nunca fuera a ser así. Es de muy mal gusto en reuniones sociales hablar de la muerte; es de muy mal gusto, desde el punto de vista de la cultura mundana, introducir el tema de la muerte, aunque sea filosóficamente, porque hay temor ante la desaparición, ante la cesación, ante la ignorancia de lo que puede ocurrir más allá de ese velo, si es que ocurre algo. De modo que nos pasamos la vida sin aceptar, o mejor dicho, sin querer encarar el problema de nuestra propia cesación o desaparición aquí en este mundo y en este cuerpo. El hacer —y de ahí la prudencia— afirmaciones, y afirmaciones definitivas por nuestra parte, es muy arriesgado porque nosotros no tenemos experiencia, no nos codeamos con ese mundo. Si hemos vivido vidas anteriores y hemos tenido otras encarnaciones, no nos hemos acordado de ellas, no nos acordamos en el momento y no sabemos cómo morimos y qué es lo que nos pasó después de esas existencias anteriores. Nuestra conciencia, la conciencia personal de

cada uno es virgen respecto a qué es lo que ocurre, si es que algo ocurre, después de la muerte; el ingrediente de creencia, pues, es muy fuerte. Sospechamos que con la muerte del cuerpo físico no termina todo y que el elemento psíquico que dice "yo", continúa existiendo en nosotros, que tiene una existencia independiente del cuerpo físico. Pero no lo podemos asegurar plenamente, no tenemos una prueba de ello en nuestras manos, a menos de que algo, o sea las facultades de carácter psíquico de alguien, puedan desprenderse conscientemente de su cuerpo físico y vivir en un mundo sutil, en el mundo de las almas y, desde allí contemplar su cuerpo físico, tener consciencia de que ha contemplado su cuerpo físico cuando vuelve al mismo y saber que no es el cuerpo, que él es una substancia espiritual llamada alma. Pero nosotros, la inmensa mayoría de los seres humanos no tenemos esa experiencia y por tanto tenemos miedo de la muerte del cuerpo físico y no hablamos de ese asunto.

La religión de los siks, y las escuelas de filosofía sí hablan, y mucho. Todas las religiones tienen una escatología; todas las religiones se ocupan de sus infiernos, de sus limbos, de sus paraísos, de sus regiones intermedias, del paso del alma a través de tales y cuales circunstancias, y en la charla de ayer vimos esas circunstancias en la religión tibetana. Se hizo alusión al *Libro de los Muertos* egipcio. Todas las religiones del mundo tienen sus explicaciones de lo que ocurre con el alma. El alma, en las religiones no reencarnacionistas, va

a pasar a un estado determinado; a veces, directamente, y otras veces por una serie de transformaciones. En las religiones reencarnacionistas el alma vuelve a nuestro cuerpo, después de una serie de sucesos y continúa su evolución. Nosotros conocemos eso. Hay filosofías más elaboradas, como la platónica, por ejemplo. Platón introduce en *La República* el mito del deber del hombre, donde se explica qué es lo que sucede a las almas y cómo las almas sufren un destino de acuerdo a su mérito o demérito. La vida aquí, en la tierra, determina qué es lo que va a ocurrir con el alma cuando el cuerpo físico cesa y el alma se enfrenta con la amplitud de sus propias creaciones. Claro que Platón era un filósofo, no un creyente, y tenía un sentido riguroso de la justicia.

Los griegos tenían un sentido muy riguroso de la justicia y la justicia era ajuste. En el universo todo está ajustado; en el universo no hay nada desajustado; en el universo lo único desajustado es la mente humana, todo lo demás está ajustado. De modo, pues, que el valor de las acciones humanas determinaba para la filosofía platónica, qué era un iniciado; determinaba la serie de condiciones en que se iba a encontrar el llamado difunto, que sigue estando vivo en el otro lado, y su próxima reencarnación, puesto que él era reencarnacionista. Hay una gran variedad de creencias respecto a la vida después de la muerte. Si se estudia, como hacemos algunos teósofos, la religión comparada, la escatología de las distintas religiones nos va a hablar de una variedad

de estados. En esencia, no hay gran diferencia pero cada religión explica esto a su manera. En los movimientos de carácter filosófico también se explica el problema de la vida después de la muerte de distinto modo. Entonces recurrimos a la enseñanza teosófica; ¿que dicen los textos de Teosoffa respecto a la vida después de la muerte? Si uno se queda con manuales sencillos de divulgación teosófica se entera de un cierto proceso, pero si uno profundiza en los textos, si uno investiga y abarca una literatura más vasta, se encuentra que en la misma Teosoffa moderna hay discrepancias respecto a la vida después de la muerte. Y ustedes dirán, ¿cómo puede ser que haya discrepancias respecto a un asunto tan importante? Quiero decirles que hay discrepancias no sólo respecto a lo que le sucede al alma humana después de la muerte del cuerpo físico, sino que hay discrepancias en los autores respecto a muchos otros asuntos en los textos de Teosoffa moderna. En cómo se encara el Karma, cómo se encara la evolución total; y esto no nos debe sorprender, porque cada autor que ha escrito libros de Teosoffa es un alma evolucionante con grandes capacidades, con limitaciones. Los autores de libros teosóficos no son dioses impecables que nunca pudieron equivocarse. En sus obras pueden haberse deslizado, y así ha sido, errores de apreciación que años después han demostrado ser errores. Muchos líderes eminentes dijeron: Krishnamurti es el Avatar del Mundo. Llegó Krishnamurti a su mayoría de edad y dice no ser ninguna clase de Avatar esto es todo una historia

muy noble pero creada en la mente de quienes me han guiado en ese momento.

De manera pues, que si uno quiere afrontar los asuntos en profundidad tiene que enfrentarse a contradicciones, puesto que las fuentes que investigan sobre el particular y los que escriben son limitadas, esto si es que hay limitación. Si Isaac tiene una opinión, y José tiene otra opinión, y ambas no coinciden, yo ya no tengo una cuestión que creer. Si los dos están de acuerdo, puedo decir: no lo voy a investigar porque Isaac y José tienen para mí una autoridad total. Luego, creo lo que ellos me dicen. Pero si ellos discrepan y tienen opiniones distintas, tengo que ejercer mi criterio para tratar de ver quién está equivocado y quién está en lo cierto, o qué tiene de verdad cada uno y qué tiene de error cada uno en sus apreciaciones. Y ya tengo que pensar por mí mismo. Cuando uno se encuentra con discrepancias se ve en la obligación de ejercer su propio juicio si no quiere permanecer como una criatura, sin desarrollo. Crecer psicológicamente y espiritualmente es muy doloroso; la vida nos da una serie de crecimientos y cada crecimiento, cada paso desde una etapa a otra de nuestra vida se hace con mucha lucha. La vida es lucha, la vida es sufrimiento.

Antes de volver a este tema de la muerte quiero ilustrar la lucha que es la vida. Cuando el bebé deja de ser bebé y nace el niño, hay una transición, porque el bebé es una cosa viva que no quiere cesar y entonces se introduce en el niño y el niño adopta actitudes de bebé. La

lucha del bebé por sobrevivir en el niño origina problemas de conducta que la pedagogía y la psicología estudian hoy en día. Se sabe que en ese traspaso, en esa transición de bebé a niño hay sufrimiento; hay un niño que no terminó de nacer de un bebé que no terminó de morir; hay una tierra de nadie, hay un "intermezzo" y esa angustia de cesar y de convertirse o transformarse en otra cosa producirá sufrimiento. Cuando el niño muere y nace el adolescente, esto quizás ya lo recordamos. Los mayores estamos en una edad intermedia y hay sufrimiento porque dejamos de ser niños y tenemos que entrar en la adolescencia y aceptar nuestras primeras responsabilidades, y eso no se hace sin sufrimiento. Hay sufrimiento, y ese sufrimiento se ve en los problemas de conducta del adolescente o del que se va a convertir en adolescente. Terminó la adolescencia y me convierto en un joven; siguen los problemas con cada una de las partes de nuestra vida que muere. Porque nacemos y morimos en una misma encarnación muchas veces. No hay que huir de la muerte, porque ya no somos bebés, ni niños, ni adolescentes —por lo menos la mayoría de nosotros—. Somos otra cosa, es decir, hemos muerto o hemos nacido en una serie de oportunidades y cuando se presenta el nacimiento a una nueva etapa y tiene que morir el ser anterior, éste se resiste a morir, tiene miedo, tiene horror a la sensación y se proyecta de un modo escurridizo en el nuevo ser. Por eso somos hombres y tenemos actitudes infantiles, y por eso llegamos a la vejez y tenemos actitudes que a veces

avergüenzan, porque se dice: "¿cómo puede comportarse, fulano o mengano, de esa manera que no corresponde a la edad que tiene?" Nos vestimos, adoptamos actitudes diversas que no son las propias de la edad. Estoy hablando de cosas que todos padecemos y que vemos a diario en nuestra vida de relación. Aquí no se trata de teorías, se trata de hechos; luego, nacemos y morimos y la transición más dolorosa es la de la madurez a la vejez. Eso provoca grandes trastornos en la vida de las personas, porque ésta es la última transición. Después de la vejez ya no hay más transiciones y hay la desaparición total, la muerte del cuerpo físico. En las otras transiciones uno ve la transformación, y hay lucha y hay sufrimiento. En la transición de la madurez a la vejez, la cosa se pone difícil y podemos decir que hay más dolor que en las otras.

Todos los grandes instructores han alertado, con Platón a la cabeza, que la vida debería ser una meditación sobre la muerte, y todos han advertido que seamos conscientes del devenir, que lo aceptemos y capitalicemos su enseñanza, como el hombre de negocios capitaliza a éstos y los convierte en dinero, en capital. Generalmente no capitalizamos; entonces la vida nos vuelve a dar en la cabeza, porque de algún modo hemos de aprender. Lo que no aprendemos de la gente sabia que nos aconseja hay un maestro que no podemos eludir: la vida. La vida termina enseñándonos; la vida tiene paciencia, no tiene prisa y muchas veces aprendemos la lección de esa manera. Es muy triste que la huma-

nidad aprenda de esa manera, porque deberíamos tener algo de lo que se habló anoche aquí, deberíamos tener ese tinte filosófico para aprender la lección a medida que la misma vaya llegando y no posponerlo y aplazarlo y estar en falso en tantas cosas de la existencia.

Ahora podemos volver al hecho de las contradicciones, incluso en la misma literatura teosófica moderna, que es a la que me estoy refiriendo. Quiero ahondar un poco más en la capacidad del propio criterio. En realidad no se puede avanzar en los estudios de Teosoffa sin una madurez total. La Teosoffa no es algo para ser entendido solamente por el intelecto corriente, el intelecto que todos tenemos; necesitamos madurez de carácter psicológico, madurez de carácter espiritual, como la necesitamos para todas las cosas de la vida, sino las lecciones más bien son bordeadas y no aprendidas. Hemos de aprender a ver en la literatura. Anoche se habló de esto y ello me inspiró estas palabras que estoy diciendo. Tenemos que aprender a ver en las enseñanzas, en la literatura, lo que hay de valioso y de no valioso en nosotros mismos y para eso quiero poner un ejemplo práctico, porque los ejemplos nos ayudan más que las ideas abstractas. Vamos a imaginar que *Don Quijote de la Mancha* fuera un libro anónimo, que ignoráramos quién es su autor. ¿Merma eso el valor del libro? El contenido del libro es el mismo. Si vamos a leer el *Quijote* por la fama que tiene ya estamos predispuestos a maravillarnos y a evitar una crítica, una crítica de

carácter filosófico, de carácter literario. Pero si toda la aureola de Cervantes no nos acompaña en la primera lectura del libro, entonces los valores de éste, si no sabemos que contiene esos valores, van a surgir ante nuestra vista por nuestra propia capacidad de comprensión. Y así debería ser con la vida y con todo lo que leemos. No deberíamos ser creyentes, sino investigadores. La Naturaleza no nos quiere creyentes, nos quiere investigadores; nos quiere seres que lleguemos a la edad adulta intelectual, psicológica y espiritual. No quiere niños, no quiere masa, no quiere inercia, no quiere mediocridad. El Espíritu Universal, antes de llegar a encarnarse en cuerpos humanos ha hecho un largo recorrido y por el estudio de la Teosoffa sabemos que se pasa por esencias elementales, por el mineral, el vegetal, el animal y, finalmente, en su arco descendente, el Espíritu Universal llega a los cuerpos humanos. En la etapa humana, el Espíritu, que se ha venido diferenciando, disgregando, separando de lo Uno, llega a la diversidad. De lo Uno se llega a la multiplicidad. En la evolución humana el espíritu de multiplicidad llega a la culminación. Dos vacas se parecen y no piensan, pero dos seres humanos no se parecen y cada uno piensa una cosa. Somos individuos separados. Cada individuo es un microcosmo del macrocosmo; cada uno de nosotros es una cosa distinta. Nos podemos parecer, pero no somos iguales; no somos iguales en capacidad, en vitalidad, no somos idénticos en sensibilidad, en conceptos y de ahí que sea tan difícil entendernos entre nosotros.

Cuando me dicen "incluso los teósofos no se entienden", ¡claro!, porque son individuos y cada uno afirma su propia individualidad, sino serían masa, serían ganado que con un cercero van todos uno detrás de otro. La evolución no quiere eso. El Espíritu llegó al ser humano para que éste se diferenciara. Esto es, a la adquisición de la individualidad por voluntad propia. Porque hay dos adquisiciones de la voluntad en los estudios esotéricos; una es cuando la oleada monádica sale del reino animal y se integra en el reino humano; entonces se llega a una clase de individualidad. La otra es cuando ese individuo con potencialidades las desarrolla todas y llega a la genialidad. Tomen dos personas mediocres y podrán observar sus reacciones sin mucha dificultad. La gente mediocre más bien reacciona por las circunstancias externas; pero tomen dos hombres con talento —cuando digo hombre digo mujer. Dos seres de talento nunca reaccionan del mismo modo; cada cual es cada cual; cada uno tiene su propio mundo, afirma su propio ser, y cuando del talento pasamos al genio ya ahí la creatividad y la diferenciación es total. Vayamos a los genios de la música que son utilizados como ejemplo; Bach no se parece a Mozart, y Brahms no se parece a Mozart, y Beethoven no se parece a Brahms ni a Mozart, y Debussy no se parece a ninguno de ellos, y Wagner tampoco se parece a ninguno. Cada uno de ellos es un mundo, cada uno de ellos ha creado su propio lenguaje, su propio universo, y ninguno se parece al otro. Y todos hacen música, y la música es una cosa tan ri-

ca, el sonido es una cosa tan rica, que admite que haya un Bach, que haya un Debussy, que haya un Ravel, un Verdi, un Beethoven, etc. etc.

Cuando la evolución humana llega a su culminación, cada individuo es diferente de otro. Si van a Londres y visitan el Museo Británico, las cartas del Maestro Koot-Hoomi, del Maestro Morria, y las pocas que hay del Maestro llamado El Desheredado, van a ver que tienen letras distintas y estilos distintos. Incluso los Adeptos son distintos. La Naturaleza quiere diversidad de notas para hacer una sinfonía, porque si hubiera una sola nota no habría música. La música se hace por la diversidad de sonidos y puede ser una cacofonía o una armonía. Si las individualidades que somos nosotros afirmamos nuestro egoísmo y no queremos ponernos de acuerdo, hay cacofonía, un ruido espantoso; pero si estamos dispuestos a que cada uno, con su propia individualidad, enriquezca el conjunto y haya concordancia, entonces hay armonía. Estos son los dos modos de expresión del espíritu humano. De manera que para creer hemos de afirmar nuestra individualidad, lo cual no significa que debemos afirmar nuestro egoísmo, eso tiene que quedar claro. Individualidad y egoísmo no son lo mismo. La individualidad, que tiene una característica propia, un valor propio, y el egoísmo, que también tiene un valor propio, son cosas distintas. Se puede ser una gran individualidad sin mácula de egoísmo, como los Adeptos. De manera, pues, que para crecer hay que adaptarse a las edades del crecimiento. Si cuando llego

a la adolescencia digo, como en ciertos juegos de cartas, "me planto, no sigo adelante", entonces van a pasar los años, voy a envejecer y, psicológicamente, voy a seguir siendo un adolescente. Hay mucha gente que hace eso, mucha gente que no acepta el devenir, mucha gente que dice, "me planto".

Ante las exigencias y el devenir hay qui no quiere aceptarlo y ese no querer es un imposible, porque en la naturaleza nada está quieto. La naturaleza es una transformación permanente, y una substancia única a la que podemos llamar Dios, Absoluto o como queramos. Esa substancia única se transforma continuamente y eso es la evolución. Luego, dentro de un año seré un año más viejo, no puedo evitarlo, pero si me niego a aceptar que dentro de un año seré un año más viejo, me enajeno y la enajenación es una especie de locura. Por eso hay tanta gente insana, por eso el Buddha decía que "la humanidad está enferma". Y enfermo no quiere decir que se tenga reumatismo o que se tengan problemas hepáticos. El se refería a la enfermedad existencial, a la enfermedad total. El Adepto es sano; todos los demás somos enfermos y renqueamos de alguna pata. Ver todo esto con claridad y solucionarlo significa aceptar el reto del devenir; significa crecer; significa llegar al estado de adulto, al estado de madurez y al estado de sabiduría. Nadie nos puede obligar a eso, es cuestión del individuo, del microcosmo. No se puede encender una vela por nosotros para ayudarnos en esto. La iluminación tiene que llegar de dentro. Si estas cosas las vemos con

claridad no nos va a asustar ver contradicciones, y mucho menos nos va a asustar hacer nuestro propio juicio de valores. Un problema como el que se nos planteaba anoche sobre ¿qué es el difunto, es el Ego espiritual, es Juan Vifias, o Paz o Carmen, o es otra cosa? El Ego espiritual, el rayo de Manas del Logos Universal, es una substancia divina, no tiene nada que ver con el ser humano, es decir, esa substancia no es el difunto. El difunto son los restos que sobreviven de la personalidad que fue y que se está disgregando. Y los distintos pasos de la vida después de la muerte no se pueden entender, según mi criterio —eso es relativo también— si no se entiende bien qué es el ser humano, a qué leyes obedece en el mundo físico y a qué leyes está sujeto lo que queda del ser humano después de la muerte. Según la enseñanza esotérica, para que el ser humano sea lo que es tienen que intervenir en el Cosmos, en la Inteligencia cósmica, tres corrientes de evolución. Cuando esas tres corrientes de evolución, que cada una fue por su lado, coinciden y se juntan en un punto, entonces aparece el ser humano. El ser humano es un ser espiritual en un cuerpo animal y con una inteligencia autoconsciente que se da cuenta de que hay una cosa espiritual y una cosa animal. La evolución espiritual es una, otra es la evolución intelectual y otra, la evolución animal o física. El ser humano es triple. Yo me doy cuenta de que puedo ser arrastrado por mis pasiones y de que puedo llegar a indignidades, pero también me doy cuenta de que puedo llegar a regiones del espíritu, a regiones

inaccesibles, es decir, que soy una consciencia que está viviendo en una frontera entre un mundo espiritual y un mundo material, y que puede ser arrastrada a éste con gran pena y dolor, o que puede ser elevada al mundo espiritual. Es más, que el ser arrastrado o el ser elevado depende de uno mismo. Esa es la corriente intelectual, la corriente del Logos, de la inteligencia despierta. El Espíritu, si no es ayudado por la inteligencia que quiere elevarse, no puede hacer nada. Miremos a la humanidad y a nosotros mismos. En cada uno de nosotros vive un fragmento del Espíritu divino y, sin embargo, vivimos de espaldas a ese fragmento y nos sumergimos en toda clase de problemas. Vivimos como si no los tuviéramos.

Si ustedes cogen manuales o libros de Teosofía más profundos verán que el hombre es séptuple. Esas tres corrientes de evolución, la espiritual, la intelectual y la física, se descomponen a su vez en otros principios que hacen del hombre un ser séptuple. ¿Cómo se estudia eso en los libros de Teosofía? Con clasificaciones simplificadoras se habla de una tríada superior y de un cuaternario inferior. Hay un elemento espiritual en la naturaleza humana y hay un elemento animal y material, la tríada superior y el cuaternario inferior. Pero cuando observemos los términos de la tríada y del cuaternario veremos que cada uno de ellos es un nivel de la Vida Una, es una cosa viva. Cada uno de los principios septenarios vive "per se", es un aspecto de la vida y ninguno de esos principios septenarios quiere morir, quiere seguir existiendo, tiene el

instinto de vida, está asociado con la vida. Por eso, cuando suena un portazo detrás de nosotros el cuerpo se estremece porque tiene noción de peligro. Su oscura, su rudimentaria consciencia elemental es lo suficientemente inteligente para saber que hay peligro, y por eso el cuerpo nos avisa, por eso se las arregla solo. Por eso se las arregla para recomponer el hígado, el estómago y todos los desastres que nosotros le añadimos. Cada uno de los siete principios es una diferenciación de la vida. Tiene su propia función y esas funciones no coinciden muchas veces. Es como la música en que tiene que haber tonos y semitonos distintos, sino no hay música. Vamos a hablar de dos principios totalmente antitéticos. Esos principios se conocen en la literatura teosófica con sus nombres sánscritos. Uno de ellos, el sexto principio, es Buddhi; otro principio, el cuarto, es Kama-rupa. Para quienes no conocen esos nombres diré que Buddhi es una palabra muy utilizada en la filosofía oriental. Madame Blavatsky la utilizó por primera vez, o tal vez Sinnett, y todos los autores siguieron utilizándola la palabra Buddhi. La palabra Kama-rupa también viene de la filosofía y de la psicología oriental.

Para simplificar, Buddhi significaría un estado de unidad, un estado de bienaventuranza, un estado sin barreras de tipo universal, pacífico, homogéneo. Por eso, en el samadhi yóguico se entra en Buddhi y desaparecen todas las diferenciaciones, nos dicen los yoguis. El Kama-rupa es todo lo contrario. El Kama-rupa no quiere la universalidad,

quiere que todo el universo viva para él, es el deseo, la pasión. La vida en Kama-rupa está especializada para no dar nada y quererlo todo, y en Buddhi la vida está especializada para darlo todo y no querer nada. Kama-rupa y Buddhi viven en cada uno de nosotros y hay una guerra dentro de nosotros que ¡para qué se lo voy a contar si ustedes lo saben!, porque la vida se diferencia en opuestos y esos opuestos son contradictorios y cuando esos siete principios se juntan hay guerra y hay ser humano. Los animales no tienen trífada y por tanto no tienen lucha. Los ángeles o las huestes de los Dhyán Chohans no tienen cuaternario inferior y por tanto no tienen lucha. Pero el hombre es completo. Todo lo que tiene el Universo está en nosotros, y por eso hay lucha, hay evolución, hay esfuerzo, transformación, cambio. Nos damos cuenta de cuán grandioso es este mensaje, de cómo nos permite conocernos y cómo nos permite determinar nuestro propio futuro.

La psicología budhista dice que no hay una entidad a la que llamamos hombre; y a uno le choca esto muchísimo. Recuerdo cómo me sentía afectado, a pesar de mi admiración por la lógica budhista, con afirmaciones como ésta. Buddha dice que no hay individuo perfecto en el Universo. Ni siquiera eso que llamamos Dios, que es un individuo que está en algún lado, un individuo solo. El Budhismo dice que cuando hablamos de hombre es como si habláramos del bosque. Talemos un árbol, otro y otro y ya no hay más bosque, el bosque no existe. El bosque

existe y es una convención cuando reunimos árboles. El hombre existe cuando reunimos siete principios. No hay siete principios, no hay hombre. Esta es la misma enseñanza de los Maestros que aleccionaron a Mme. Blavatsky. Sólo que de ese conjunto de árboles, de siete árboles, de siete principios que componen el ser humano, no todos tienen la misma duración ni todos tienen el mismo grado de espiritualidad. Uno no tiene principio ni fin, es el Atman de que se nos habla. Es eterno. Buddhi es una transformación de Atman que dura un manvántara, una edad completa. Manas es una transformación de Buddhi. Recuerden que la misma Vida Una se transforma y se diferencia. Entonces, cada uno de los principios en orden descendente va teniendo menos espiritualidad, más materialidad y más diferenciación, y duran menos tiempo. La trífada superior dura bastante tiempo, toda la serie de encarnaciones humanas; luego es reabsorbida y sufre una transformación, de manera pues que, cuando el hombre culmina su evolución humana y pasa a ser una jerarquía dyanchohánica —a todos nosotros nos va a pasar algún día esto, y espero que no tardemos mucho— cuando nos transformemos porque hayamos sobrepasado la evolución humana por pura experiencia asimilada, y entonces la naturaleza dice ya pasó este grado en la escuela de la vida, y la vida ya nos lleva a otro lado —entonces, empieza la evolución dyanchohánica. No quiero hablar de ella ni de sus características porque no viene al caso.

Cuando estudiamos la vida después de la muerte es muy útil saber qué pasa con los seis principios restantes, porque el séptimo, el cuerpo físico, ya no sirve más como vehículo. Entonces, el hombre queda convertido en seis principios. Muy poco tiempo después, prana y el doble etérico desaparecen y el hombre queda convertido en cuatro principios: ya no es más hombre. Kama-rupa se disipa, es la fuerza animal que no puede sobrevivir a la mónada que es espiritual, y el hombre queda convertido en una tríada, pasa al Devachán. El ser pensante manásico que vive en la región devachánica es asimilado por la mónada y queda una mónada. Luego, nosotros, Carmen, Isaac, Juan, etc., no sobreviven, lo que sobrevive es lo que es eterno en nosotros. Todo esto creo que tiene que ser bien entendido cuando estudiamos un asunto como la vida después de la muerte, pero tiene que ser mejor entendido para vivir aquí y para saber qué principio está predominando en nosotros, si es Kama-rupa o Buddhi. Si la mente está aliada con Kama, entonces el hombre es un pozo de astucia, maldad y egoísmo, o si la mente está asociada con Buddhi, entonces el hombre es un místico, alguien que vive una vida de cooperación y universalidad. Los teósofos tratamos de hacer nuevas asociaciones. De la asociación antigua de vidas pasadas con Kama, tratamos de repudiar ese socio que ya no nos sirve más, que es un impedimento para la vida espiritual, y queremos hacer una asociación con un principio espiritual que nos asegure paz, una visión clara, etc. etc.

Ahora, antes de terminar, quiero decir unas palabras sobre los skandhas que es lo que sobrevive de una vida a otra. Esto también es muy útil saberlo. Como nos decía Isaac ayer, éstos son elementos para que nosotros sigamos investigando, no elementos de juicio definitorios y definitivos. Esto sería muy fácil; en esta vida llegaríamos a Buddhi, llegaríamos a ser Buddhas y ya no evolucionaríamos más. No señor, nosotros vamos pasando una serie de transformaciones y estos skandhas son elementos que nos permiten comprender de qué se trata. A lo largo de nuestra existencia, un día de nuestra vida, cada día de nuestra vida, es como en el universo un pralaya solar o macrocósmico en que hay un período de reposo, y entonces, terminado el período de reposo, el universo o el sistema solar vuelve a reencarnar, es decir, vuelve a aparecer y a seguir su evolución. Lo mismo ocurre con nuestra vida; nos vamos a dormir y es un pralaya, una desaparición; despertamos al día siguiente y es un manvántara, es una nueva etapa de nuestra existencia. Mañana, cuando nos despertemos, reasumiremos las experiencias de hoy. Hoy nos hemos quedado debiendo al panadero, hemos de realizar algunas diligencias bancarias, etc; mañana, cuando despertemos, hemos de ir a pagar la deuda, hemos de hacer las diligencias bancarias, etc. Y nuestra vida de mañana es una continuidad de la de hoy.

Mucha gente me pregunta, ¿cómo puedo saber quién era en la vida pasada? Mírese cómo es hoy y se dará cuen-

ta de cómo era en su vida anterior. Ffje-se cómo es hoy y sabrá cómo era ayer. La vida no ofrece saltos, es una continuidad. Nos damos cuenta de esto, de que es una continuidad perfecta, y no hay que buscar en los credos. Hay una Naturaleza que nos habla, y que nos está enseñando, si queremos observarla. Sentimos afectos, pasiones, deseos, la vida nos trae frustraciones, nos quita muchas cosas que queremos, nos niega otras, nos da algunas, y todos sabemos lo que es la lucha por la vida.

Hay deseos que no han quedado satisfechos, hay aspiraciones que no se han logrado, hay rencores que no hemos podido limar. Cuando nos sobreviene la muerte, la muerte física, todo ese conjunto psíquico no murió; ese conjunto psíquico que es Kama-rupa, que es Manas, los principios sutiles, todo eso no muere; todo eso va a su propia esfera y espera para cuando se reencarna y se adosa. Por eso traemos lo bueno y lo malo de nuestras existencias anteriores a ésta. Todo deseo, todo pensamiento que nosotros emanamos, como emanamos cierto olor —todo ser humano emana cierto olor propio y característico de su individualidad, (a un perro se le hace oler una prenda, la ropa de un prófugo impregnada del olor de ese individuo, y el perero encontrará el hombre una semana después dondequiera que esté). Nuestro olfato, afortunadamente, no percibe todos esos olores. El olfato de un perro es mucho más fino que el del ser humano; el instinto siempre es más agudo que el intelecto para las cosas físicas, y el olfato del perro hace que la huella por donde transi-

tamos esté impregnada de nuestro olor particular y él sigue nuestra huella. Todos hemos visto en las películas cómo se organiza una persecución, incluso después de dos o tres días. Solamente la lluvia barre ese efecto, pero si no ha habido agua, un perro puede seguir con el olfato al prófugo.

Entre paréntesis, todos nosotros tenemos un olor psíquico mental, y si en lo físico nuestras costumbres no son higiénicas, el prójimo sufre las consecuencias. Si no hay higiene moral, el prójimo también sufre las consecuencias, pero peores que las del olor físico. Todos tenemos un ambiente psíquico a nuestro alrededor, es nuestro ambiente que ahora se llama dioxidoenergético, para dar nombres complicados; es nuestra aura total. Estrechamos la mano de alguien y nos sentimos felices a veces, aunque no lo conozcamos; nos sentamos en el cine al lado de alguien o le estrechamos la mano a otra persona y sentimos un shok y queremos huir. Cada uno de nosotros transmite a los demás y recibimos esas descargas sobre nuestra sensibilidad psíquica. Esto lo vivimos todos. Nos sentimos felices al lado de ciertos seres y tratamos de escapar de la vera de otros. Eso se debe a la creación psíquica que en Oriente se llama skandha, a las partículas de vida que se desprenden del ser viviente que somos y que siguen viviendo por impulso propio. Esas partículas no desaparecen con la muerte, son psíquicas; no las afecta la muerte del cuerpo físico; quedan a la espera de que el alma espiritual vuelva a un nuevo cuerpo y reconocen al alma de la que partieron;

eso es Karma. Por eso el Karma de las vidas anteriores y las tendencias de las mismas se reúnen en esta encarnación. Decimos, ¿por qué nos pasa esto? O bien, ¿por qué soy así? O ¿por qué tengo ideas innatas, o costumbres innatas? Todo esto es una continuidad de la Naturaleza; fue creado en algún lado. La Naturaleza no regala ni niega nada; está ajustada, nos da ajuste. Luego, los skandhas viven después de la muerte y hay que seguirles la pista porque, de acuerdo a los skandhas que estamos creando ahora, así va a ser nuestro próximo nacimiento. Es interesante estudiar qué pasa después de la muerte, pero es interesante estudiar qué hago ahora que vaya a tener efecto después de la muerte y en mi existencia posterior. Pero en la existencia posterior Juan Viñas no va a existir, va a ser otra personalidad, de sexo masculino o femenino, en cualquier lugar, y esa personalidad, como el título de una película española de Almodóvar dice, "¿Qué he hecho yo para merecer esto?"

Esto es lo que dice el que ignora la existencia de los skandhas y la continuidad de la vida. ¿Qué he hecho yo para merecer esto? Somos hijos de las personalidades anteriores. Incluso los que nunca hemos tenido hijos en esta vida vamos a tener un hijo que vamos a

dejar: un conjunto de skandhas. Y ese conjunto de skandhas va a ser una nueva personalidad que va a sufrir lo que nosotros, si yo no limo mis odios. Va a ser un ser que está odiando y va a sufrir mucho por ese odio. Si yo amo y me elevo, él va a disfrutar de una vida espiritual, me va a heredar, va a ignorar quién soy y yo ignoro quién es él, pero todos nosotros, por esa transformación en la continuidad de la vida somos responsables; no de lo que va a pasar, sino de lo que estamos haciendo ahora.

El futuro no es otra cosa que la transformación de lo que estamos haciendo ahora. Esto puede quizás agobiarnos un poco pero es el mensaje más maravilloso de la Teosoffa. La Teosoffa nos dice que la felicidad y la iluminación futura dependen de mí, y me hace el constructor de mi destino, me hace "el arquitecto de mi propio destino", como dijo Amado Nervo. Y acaso, en un mundo en que muchas veces estamos desorientados, ¿no es el mensaje más hermoso que por la transformación de la vida y de la naturaleza podamos auto-transformarnos en seres de Luz, en seres de amor, en seres de una vida superior? Para mí ese es el mensaje más grande para el ser humano, el mensaje práctico de la Teosoffa. ■

